

*Cartucho: recordar a los bandidos del norte**

Susi Wendolín Ramírez Peña**

Despertar sangre y huesos todavía en el suelo que piso, es despertar el polvo viviente en los ojos de los abuelos de la tierra que llaman México. La revolución esta en el polvo de mis ojos...

Vivir la revolución nunca será lo mismo que escribir de ella. Nellie Campobello vivió la revolución y escribió de ella, mantuvo silueta, voz, muecas y nombres de sus muertos y los de su madre en la memoria.

Tal vez hoy en día tengamos la posibilidad de consultar numerosos estudios e investigaciones al respecto, e incluso análisis que hablen a profundidad de la revolución en cada rincón, pueblo, llano o caudillo de lo que se ha convertido en historia nacional, en la herencia del México postmoderno.¹

La revolución mexicana batió a México por partes, no todos supieron que existía, y solamente algunos suertudos -o debería decir desgraciados- supieron del porqué del movimiento armado. El centro-sur -el primero- con Zapata, que desde un inicio mantuvo los principios zapatistas del Plan de Ayala, vivió la revolución por la tierra que le había sido despojada. Apoyándose en sus tradiciones peleó contra el excluyente sistema económico capitalista que había sido impuesto durante el porfiriato. El sur de Zapata no buscaba cambios estructurales, buscaba la tierra que le había sido despojada y seguir sus costumbres milenarias que le eran negadas. Por más esfuerzos que hizo -con Villa por ejemplo- no logró superar sus fronteras locales más allá del centro del país.

El occidente se mantuvo irregular, la rebelión se concentró en las grandes haciendas, por ejemplo, en la región de los Altos de Jalisco reseñada en los *Bandidos del río frío* de Mariano Azuela. Los cambios estructurales le afectaron directamente hasta después, y la lucha generalizada llegó en un contexto de defensa de la fe católica en la década de los veinte y treinta del siglo pasado.

El norte, el norte de Nellie, no luchó por la tierra más de lo que hubiera luchado por el agua. El norte buscó pan, y café: sobrevivir de bandido, mejorar su vida y pelear por no morir de miedo. Su tradición belicosa venía desde la fundación de las escasas poblaciones españolas, siempre contra los indios, los bárbaros del norte: los Yaquis, los Mayos... los chichimecas. Habían aprendido a vivir así, y esa riña corría en las venas de la mayor parte de sus familias. El norte se industrializó, convivió con los gringos, y no llegó a tener la devoción o la fe religiosa que tuvieron en el occidente o el centro y el

sur;² el norte aceptó la ideología liberal porque se acomodaba muy bien a su estilo de vida, a sus intereses. Ese sentimiento individualista lo hizo tierra de caudillos y de bandidos, de los cuales una facción intentaría gobernar todo el país como lo hizo antes en Sonora. Por otra parte, estas facciones terminarían fragmentándose en intereses de líderes. La falta de ideología propia como bien escribió Arnaldo de Córdova³, hizo vulnerables los acuerdos, las lealtades, la conciencia colectiva, la conciencia de masas.

Hablar de La Revolución Mexicana es hablar del último capítulo escrito por nuestros padres, los herederos de la historia de México. Una llaga todavía con las orillas rojinegras, reseca y la piel trasquemada, en el México que vive la supuesta⁴ democratización política y social.

De Nellie Campobello: hija, mujer, niña, escritora niña.

María Francisca Moya Luna nace el 7 de noviembre de 1900.⁵ A los pocos años la familia se muda a Hidalgo del Parral donde continua a pesar que parece haber vivido un breve periodo de cuatro años (1906-1911) en la ciudad de Chihuahua. Para este último año nace la media hermana menor de Nellie, Soledad, a quien todo el tiempo se conocería como Gloria Blanca Rodríguez, de quien se atribuye la paternidad a Ernest Campbell Reed, o por lo menos a alguien de los Campobello⁶. Aprendió sus primeras letras en casa, y en Chihuahua estuvo en un prestigiado colegio inglés, donde se recibió en danza. En febrero de 1919 dio a luz a su primer y único hijo José Raúl Moya, quien murió dos años después.

En 1922 muere su madre. A mediados del siguiente año la familia se muda a la Ciudad de México, Francisca adopta el nombre de Nellie Campbell y ese año conoce a Martín Luis Guzmán, quien a los meses sale al exilio y no regresa hasta 12 años después (1936), y con quien se le relaciona sentimentalmente, hasta la muerte de Martín en 1976.

Entre 1924 y 1925 las hermanas Campbell empiezan a estudiar danza y debutan en julio de 1927 en el Ballet Carroll Classique. En 1929 publica su primer escrito, *¡Yo!*, bajo el seudónimo de Francisca. A los meses, visita la Habana y conoce a García Lorca. Y en medio de la efervescencia nacionalista adopta el nombre de Nellie Campobello.

En 1931 publica la primera edición de *Cartucho*, a la vez que da clases de ballet en escuelas oficiales y en la Escuela Plástica Dinámica. Al año siguiente se inaugura la Escuela Nacional de Danza y Campobello es “ayudante del director”. En 1934 enseña danza mexicana en la UNAM y durante muchos años hace coreografías para la END. En 1937 se publica la primera edición de *Las manos de mamá* y Nellie se convierte en la directora de la END, cargo que mantiene hasta 1984. También llega a ser directora del INBA.

En 1940 aparece la nueva edición aumentada de *Cartucho* y *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa*. Ese mismo años recopila coreografías en “Ritmos indígenas de México”. En 1943 funda el Ballet de la Ciudad de México, de donde salen 14 ballets. En 1949 se reedita *Las manos de mamá*. A los cuatro años publica *Tres poemas* y en 1960 aparece una recopilación de sus obras *Mis libros*.

En 1968 muere su hermanan Gloria y en 1976 Martín Luis Guzmán. En febrero de 1983 se presenta por última vez en la Escuela Nacional de Danza. A los dos años aparece en un juzgado aparentemente narcotizada, acompañada por una pareja de “guardianes”. No se le vuelve a ver.

En 1998 la CNDH declara que Nellie Campobello había muerto el 9 de julio de 1986 y que sus secuestradores, Claudio Fuentes Figueroa y María Cristina Belmont Alguilar, la habían ocultado por años. El móvil del presunto secuestro había sido el robo de las pertenencias de Nellie: casas, joyas, muebles, documentos inéditos de Francisco Villa y obras de arte de pintores como José Clemente Orozco, Carlos Mérida y Roberto Montenegro, valuadas en varios millones de dólares, entre otros. Nellie es sepultada en el Panteón de Dolores de Progreso de Obregón, Hidalgo.

Sus aportaciones a la danza en el contexto nacionalista de la formación del México moderno, de nuestros tiempos, son y fueron muy valiosas, sobre todo porque rescató numerosas coreografías de danzas indígenas.

De Cartucho

Como bien dice Mora (el del prólogo), la obra de Campobello está situada en un periodo oscuro de la historia de la revolución en Chihuahua, conocido como la lucha guerrillera de 1916-1920.⁷ El mismo Friedrich Katz dedica el capítulo décimo sexto del segundo tomo de su obra *Pancho Villa* a este periodo (1917-1920) de rencillas y ajustes de cuentas, tan poco estudiado por otros expertos en el tema.⁸

La obra fue editada por primera vez en el año de 1931, con apenas treinta y tres relatos, donde ella declaró que su propósito era el de reivindicar a esos bandidos villistas que tanto odiaba Herrera – sobre todo a Francisco Villa, el centauro del norte-, no ocultar la violencia, ni dividir la realidad en dos entidades morales sin reconciliación posible, sino encontrar la complejidad de esos “bandidos” en las situaciones, en la voz de las personas que los admiraban, que los odiaban, que los vieron morir o matar y que los alimentaron o los sufrieron. Asimismo también pretendía encontrar desde el contexto de su infancia y de las historias de su madre un paisaje conciliador entre los revolucionarios del norte y la violencia que se les atribuyó, sin negar lo uno ni lo otro.

En 1937 publicó otra obra literaria en torno a la revolución y sus recuerdos infantiles, *Las manos de Mamá*, una obra mucho más corta que se enfoca a episodios sucedidos en El Parral y en donde tuvo más fuerza el personaje materno –y las mujeres nortañas en general- en la vida de Nellie que la propia violencia de la revolución.

En 1940 aparece la segunda edición de *Cartucho*, no sin contar con algunos cambios en la visión de la escritora y en el contenido de la obra, con el apoyo de la editorial EDIAPSA de Rafael Siles y Martín Luis Guzmán, y a quien ese mismo año proporcionó documentos inéditos en la elaboración de *Las Memorias de Pancho Villa*. Se añadieron 25 textos más, aunque se suprimieron el texto de la primera parte titulado “Villa” y el prólogo que ella misma había escrito; “Tomás Urbina” sufrió importantes cambios en los algunos párrafos; y otros más cambiaron de nombre, tales como “Él” (antes *Cartucho*), “El Coronel Bustillos” (Bustillos), “José Antonio tenía trece años” (José Antonio y Othón), “Sus cartucheras” (Las cartucheras de *El Siete*), entre otros.

Además en esta edición se muestra otro objetivo en Campobello, quien ya no necesita reivindicar la figura de un personaje que ha sido reconocido por la nación como héroe. Ahora el cometido es no perder la memoria de los anónimos, de los cartuchos que perdieron la vida en la revolución y que se les llamó bandidos a secas, sin siquiera conocer el verdadero significado de bandido en el Norte, en Chihuahua. Esto se refleja en la nueva dedicatoria que escribió: “A mamá que me regaló cuentos verdaderos en un país donde se fabrican leyendas y donde la gente vive adormecida de dolor oyéndolas”⁹. Y tal como dice Aguilar Mora, se centra en el equilibrio del dolor constante de la crónica y el umbral indefinible de la insensibilidad.¹⁰ El nuevo sentido de la obra para la autora es entonces: “narrar el fin de todas sus gentes, que era todo lo que le quedaba”.

Otro dato interesante es que ese mismo año, además de la presentación de la obra citada de Martín Luis Guzmán y de su *Cartucho*, Nellie Campobello escribió un texto histórico sobre Villa: *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa*.

Contenido, ediciones y cambios en la estructura de *Cartucho*

Parte	Título de textos	Temas
I Hombres del Norte	Prólogo* Él Elías El Kirilí El coronel Bustillos Bartolo de Santiago Agustín García Las cintareadas de Antonio Silva** Villa*	El amor, y el anonimato de los soldados Matar como un presagio de la propia muerte La muerte de un soldado, en un lago de sorpresa Juego del destino entre un palomo y Villa El amor y la huida emocional de un soldado Los robos de señoritas por los soldados La admiración de la gente por los soldados Sobre su relación con la gente
II Fusilados	Cuatro fusilados sin 30-30 El fusilado sin balas Epifanio Zafiro y Zequiel José Antonio tenía trece años Nacha Ceniceros Las cinco de la tarde** Los 30-30 Por un beso El corazón del coronel Bufanda La sentencia de Babis El muerto Mugre El centinela del mesón del Águila El general Rueda Las tripas del General Sobrazo El ahorcado Desde una ventana Los hombres de Urbina Las tristezas de <i>El Peet</i> La muerte de Felipe Ángeles La muleta de Pablo López** La camisa gris** La sonrisa de José** Tomás Urbina ** El jefe de las armas los mandó fusilar** Las águilas verdes** Las tarjetas de Martín López	La muerte por hambre y por dolor La crueldad y la traición La confusión del pueblo en los ideales revolución Muerte por error, por confusión en los mayos Destino fatal de niños valientes La historia de una coronela villista Muerte de los anónimos La muerte de los burgueses Un beso inexistente y un chivo expiatorio La muerte de un general odiado por el pueblo Admiración de jovencitos por la guerra La muerte antes de la muerte La paradoja de carrancistas ricos, hechos mugre Un centinela que se quedó dormido La venganza después de muchos años La muerte de los generales Muerte inesperada de un hombre hablador Fascinación infantil por la muerte La consigna del recuerdo como herencia La carroñería de los soldados Un juicio, un héroe de la gente La traición hacia un valiente soldado La venganza de los villistas sobre los traidores Muerte de la mano derecha de Villa Traición a Urbina, y su muerte Después de su fusilamiento, ella les da santo entierro La muerte del <i>Guachi</i> , difamada su memoria El dolor, con las fotografías de la muerte de su hermano
III En el Fuego	El sueño de <i>El Siete</i> Los heridos de Pancho Villa Los tres meses de Gloriecita Mi hermano y su baraja Sus cartucheras El cigarro de Samuel** Las balas de José** El milagro de Julio** Las sandías** Las rayadas** La voz del general** Las lágrimas del general Villa** El sombrero** Los vigías** Los dos Pablos** Los oficiales de la Segunda del Rayo** Abelardo Prieto** Las hojas verdes de Martín López** Tragedia de Martín** Las mujeres del Norte** Ismael Máynez y Martín López **	<i>El Siete</i> , oyó la voz de Tata Pancho Un hospital, muchos heridos, crueldad La admiración de carrancistas, por una bebida Cuando se llevaron a su hermano, y su madre lo salvó Guerra entre niños que se creían hombres La muerte de un soldado más que fiel a Villa, en 1923 Un hombre que aconsejaba para no morir, y murió Un joven, que quería ser niño La sed de las tropas de Villa Un músico que se hizo panadero El recuerdo de una voz que aglutinaba hombres Cuando Villa fue injuriado con mentiras La historia de un ranchero que se hizo Pancho Villa Dos hombres que por dinero traicionaron a Villa Un Pablo Carranza muerto y el tío de Nellie también Hombres que la calle de Nellie dio a la revolución Un soldado traicionado, cantado en corrido La muerte de M. L., el "hijo" de Villa Un poema a la muerte de Martín Cómo ellas recuerdan los que pasaron El recuerdo de Máynez de una gran victoria

* Textos incluidos sólo en la primera edición de 1931.

** Textos incluidos hasta la segunda edición en 1940.

Lo histórico de *Cartucho*

Como mencionamos anteriormente, Katz es de los pocos que tratan a fondo el periodo oscuro y final de las campañas de Francisco Villa, mismo periodo en que se centran la narración de los textos de la novela de Campobello.

El movimiento del Norte había sufrido sustanciosos cambios desde su conformación bajo la bandera maderista. Habían luchado contra Victoriano Huerta, pero después del decepcionante gobierno de Madero y su pronta muerte las facciones no tardaron en aparecer. Orozco fue repudiado, Villa se mantuvo fiel a Carranza hasta que entendió que ni él ni sus hombres eran bien vistos por los Carrancistas. Las traiciones no se hicieron esperar, y poco a poco, Villa se convirtió al extremo contrario de Carranza. La lucha continuó en territorios de distintos estados: Durango, Zacatecas, Chihuahua, Guanajuato, entre otros. El primer encargado de luchar en contra de Villa fue el general Treviño, a quien se le juzga de miedoso por no haber salido nunca de la ciudad de Chihuahua, situación que le dio bastante ventaja estratégica a Villa. Después fue el general Murguía quien se enfrentó a Villa, presumible como el único general carrancista que Villa respetaba en el fondo y a quien llegó a temer.

Al principio del periodo oscuro (mediados de 1915) y a pesar de haber tomado los focos rojos en el Norte (Chihuahua, Durango, Zacatecas) y en el Sur (Morelos, Oaxaca, Chiapas) los carrancistas no eran aceptados por la población. No permitían que miembros de otras facciones que los habían apoyado tomaran parte del poder, ni siquiera daban espacio a los líderes locales. Incluso, como controlaban el ferrocarril, llegaron a utilizarlo para cobrar precios muy altos por su uso, aunque fuera de insumos, lo que provocó una enorme alza de precios que afectó a la población. Katz cuenta que “en 1918, la mantequilla que se vendía a 8.50 dólares en El Paso se revendía a 17.50 al otro lado de la frontera. En Ciudad Juárez”.¹¹

En este periodo muchos cayeron víctimas de los soldados federales venidos del exterior, o de las represalias cada vez más brutales de Villa, como afirma también Katz:

En muchos sentidos, esa violencia cada vez mayor era el fruto ‘natural’ de los muchos años de guerra, con el consecuente endurecimiento y embrutecimiento de todos los participantes y una indiferencia cada vez más honda por la vida humana.¹²

En esto tiene mucha razón Katz, ya que fue gigantesco tanto el desgaste de los soldados como el de muchas poblaciones. En el estado de Chihuahua –casa grande de Villa– la creciente violencia corrió desde el lado del general Murguía, jefe carrancista destinado a combatir a Villa, hasta con éste mismo, quien poco a poco endureció su carácter hacia los traidores y los desertores. Campobello afirma que cómo Murguía “los colgaba públicamente [a los villistas] y dejaba sus cuerpos oscilando al viento”, nunca se inmutó por los actos de pillería de su ejército, ni siquiera cuando se trataba de alimentos en tiempos de hambruna. Él peleaba para enriquecerse. Villa le apodaba “Mecates”.

Francisco Villa, por su parte, nunca fue un hombre suave, pero varios especialistas y la voz del recuerdo coinciden en presentarlo más humano y respetuoso de la vida que el ejército federal u otras facciones revolucionaras. Pero eso no duró todo el tiempo, el hombre que nunca perjudicaba a los

pobres fue transformándose. Friedrich Fatz nos da varios ejemplos, no sin explicar circunstancias que humanizan a Villa dentro de su crueldad, quien nunca superó la dureza y sangre fría de otros dirigentes revolucionarios. Uno de éstos ejemplos es la masacre de los hombres de San Pedro de las Cuevas en Sonora. Villa no llegó a ser corrompido por “la buena vida” como le sucedió a Pablo González, pero “sentía que él personificaba la revolución: cuando una parte del pueblo se puso contra él, simplemente los consideró traidores a la causa”.¹³ Después de su última gran victoria en la ciudad de Torreón, se cuenta que una mujer fue a rogarle por la vida de su marido, pero cuando se enteró de que ya lo habían matado, insultó a Villa, lo retó a matarla también y él la mató. Otro es el caso de las soldaderas carrancistas hechas prisioneras a las que mandó fusilar, sin contar con que no respetó a comerciantes extranjeros, especialmente chinos o americanos.

Una historia que se repitió a lo largo de la carrera militar de Villa fue su exceso de confianza cuando estaba embriagado por una gran victoria, perdía astucia y perdía batallas. Además, también se menciona su afecto por la gente pobre y su generosidad con los insumos alimenticios, sobre todo con El Parral que le fue fiel hasta el final de sus días. No obstante una traición cobarde de Rafael Mendoza, de los pocos cercanos a Villa que sabía donde guardaba el armamento –gran arsenal previsto desde años atrás- lo hizo enfurecer mucho. Presa de su cólera, ordenó a sus hombres ir al poblado de Namiquipa (de donde era Mendoza) y violar a sus mujeres. Unos siguieron “órdenes”, otros no. Pero Naquimipa y muchos pueblos, dejaron de creer en Villa.

Un golpe más fue su fracaso al querer comprar armas en Estados Unidos. Otro el debilitamiento del movimiento porque los intelectuales habían desaparecido desde 1915 y sólo quedaba el fiel Felipe Ángeles -quien continuó a su lado hasta 1918- y, algunos letrados como José María Jaurreta y Miguel Trillo, quien murió al lado del centauro en 1923.

Cuando Villa estuvo más desesperado ideó un plan nuevo: salir de Chihuahua hacia la ciudad de México, poblado por poblado, para capturar allá a Carranza y matarlo en Morelos. Este sería un ambicioso plan que dividiría a los villistas pero que fue frustrado por las “defensas sociales” promovidas por Carranza, como por ejemplo, los acuartelamientos de los pueblos para defenderse de los bandoleros de la revolución. Al principio Villa mató a todos los hombres que se encontró en el camino, pero se dio cuenta de que no iba a ser posible. Dividió a su ejército en dos, la otra parte la lideraba Bonifacio Torres, pero éste sufrió un amotinamiento y murió. Villa quiso vengarse y fusiló a los hermanos Murga, que no tenían nada que ver con el motín.

En agosto de 1917 Villa escribió una carta a Murguía proponiéndole dejar las armas, porque el enemigo no era mexicano sino yanqui y ambos eran de la misma patria. Murguía lo rechazó argumentando que él no llevaba ideales en sus pistolas y que a Carranza no le convenía que soldados de diferentes facciones se conciliaran.

Las “defensas sociales” constituyeron un elemento eficaz para quitarle popularidad a Villa. Con gobiernos civiles en los pueblos la gente se unía para defender sus patrimonios. Así algunos villistas se cambiaron de bando porque estarían protegiendo a sus familias y hasta podrían tener tierra.

El resultado llegó y Villa perdió poco a poco fuerza en los pueblos, marcado por la leyenda negra que le difundieron en especialo sobre el tema de las violadas de Naquimipa. En 1917 haría su última campaña. En 1920, hizo las pases con el gobierno, renunció a las armas y a la vida política, a pesar de que las tierras que alguna vez confiscó a los terratenientes y hacendados regresaran a los mismos ricos.

Tres años más tarde el 20 de julio, moriría acribillado (por órdenes de Obregón) en su querido refugio: El Parral. Fue una mañana fría para los seguidores de Villa.

En la novela de *Cartucho*, se mencionan hechos reconocidos por la historia que se pueden encontrar en diversas fuentes. Algo que rescato de la visión que nos da Campobello es que la historia escrita puede *olvidar* por presumida o caprichosa. El olvido no es una opción para los que viven el dolor de la vida en la muerte de otros, la historia escrita no es más histórica que en *Cartucho*, el anonimato por excelencia en la obra, es sólo ejemplo de hechos en letra oficial o lo histórico de la novela, porque sus protagonistas quedaron en fotos con nombre, en documentos, o en batallas o circunstancias que favorecieron su recuerdo a la delantera de otros.

Los hombres de Urbina, Tomás Urbina, Mi hermano y su baraja

Villa tuvo que mandar matar a Urbina, compañero desde su época de bandido antes de unirse a la revolución, hombre que había hecho su ejército sin apoyo de nadie. Villa le prometió su cabeza a Fierro, y si se arrepintió en el último momento tuvo que mantenerse firme

[villa] explicaba que había tenido que hacer matar a Urbina porque “mandaba fusilar a cuantos incurrían en su desagrado”, se había negado a dar cuenta de sus actos a la Jefatura de Quehaceres de la División del Norte y “ya no ocultaba su propósito de emanciparse de mi autoridad.”¹⁴

La muleta de Pablo López

Los hermanos Pablo y Martín López fueron muy admirados por su constancia, habían empezado como soldados rasos y habían escalado hasta generales. Ambos fueron siempre fieles a Villa. Pablo López tenía un odio por los americanos que le costó la vida. Había hecho un asalto a un tren y había matado gringos. Los carrancistas lo agarraron herido por la batalla de Columbus, él se escondió en el cerro, y dijo que se entregaría si eran mexicanos sus agresores. Con tiempo se preparó para la muerte, escribió cartas, y tuvo mucha simpatía entre los soldados, tanto entre los que lo capturaron como entre los villistas.

Al día siguiente, Pablo López murió tal como había prometido. Sonreía en su camino al paredón; una vez allí, se fumó un cigarro, platicó con sus guardias y, cuando le dijeron que pidiera su último deseo, exigió que echaran del lugar a cualquier estadounidense que hubiera venido a presenciar su muerte. Se negó a que le vendaran los ojos y él mismo dio la orden de fuego.¹⁵

Federico Cervantes añade un detalle presente en el relato de Campobello: “Arrojando las mule-

tas lejos de sí, se irguió como un valiente, e impasible recibió la descarga de la muerte”.¹⁶

Las tarjetas de Martín López, La tragedia de Martín, Las hojas verdes de Martín López y Tragedia de Martín

Martín López lloró mucho la muerte de su hermano. El general permaneció firme en las batallas y fue muy querido por Pancho, cuando murió en la batalla de Torreón:

Los villistas tuvieron que retirarse en desorden, y Villa sufrió allí la que debió considerar su mayor pérdida en todos los años de la guerrilla: la muerte del hombre que había sido prácticamente su alter ego, Martín López. Al enterarse de la noticia, se puso a llorar sin tratar de ocultar su desconsuelo [...] ¡Si era mi jefe consentido, en quien yo había cifrado todas mis esperanzas guerreras! Yo lo escogí cuando tenía apenas once años.¹⁷

La sonrisa de José

José Rodríguez fue carrancista pero se convirtió al villismo y murió por traición.

Fue enviado a Sinaloa para extender la influencia militar de Villa, Rodríguez nunca llegó a Sinaloa. Primero fue recibido y luego traicionado por Maximiliano Márquez, un antiguo compañero de Villa que trabajaba como administrador en la enorme hacienda de Babicora, propiedad de William Randolph Hearst. Fue ejecutado y su cuerpo exhibido por todo Chihuahua para recordar a los antiguos villistas el precio que pagarían si seguían luchando contra el gobierno carrancista.¹⁸

Cervantes hace una cita donde describe la fidelidad de José para con Villa

El señor José M. Rodríguez fue quien condujo al General Villa herido a la cueva en que fue ocultado, afirmando: ‘El día que sepan ustedes que a José M. Rodríguez lo han matado pueden sus enemigos dar con él; mientras yo viva mi General está seguro’.¹⁹

Otros relatos de la novela pueden ser comprobables por la historia, como lo fue la muerte de Felipe Ángeles, la muerte del general Sobarzo, la traición hecha a Abelardo Prieto, el general Rueda, y la muerte de uno de los soldados más fieles a Villa, Samuel, la mañana fría en que éste fue asesinado en el Parral, en 1923.

El imaginario y el sentir de Cartucho

El discurso de Nellie en la narración es directo, aunque a veces deje de narrar y se esconda en diálogos externos de sus personajes. La mayor parte de la obra está narrada en tercera persona intercambiando anécdotas o reflexiones breves en primera persona contadas por los protagonistas, que descubren poco a poco la atinada mirada de la escritora, sin pudores y sin timidez.

De amor

Muchas son las historias de amor en la novela de *Cartucho*, los soldados frecuentemente traían heridas de amor, querían olvidar, o querían recordar:

Un día cantó algo de amor. Su voz sonaba muy bonito. Le corrieron lágrimas por los cachetes. Dijo que él era un cartucho por causa de una mujer [...] Cartucho ya encontró lo que quería José Ruíz dijo: -No hay más que una canción y ésa era la que cantaba Cartucho.²⁰

El general Agustín García había ido a robarse a Irene y se contentó con la guitarra. Se puso a cantar “Prieta orgullosa, no te vuelvo a ver la cara”. Y meciendo sus piernas se acabó un cigarro y una taza de café.²¹

La historia de la coronela es impresionante, habla mucho de lo que pasó con los ideales de la revolución. Finalmente ella prefiere regresar a su casa:

Estaba enamorada de un coronel de apellido Gallardo [...] En otra tienda estaba sentado Gallardo junto a una mesa; platicaba con una mujer; el balazo se le salió a Nacha en su tienda lo recibió Gallardo en la cabeza y cayó muerto [...] pudo haberse casado con uno de los más prominentes jefes villistas, pudo haber sido de las mujeres más famosas de la revolución, pero Nacha Ceniceros se volvió tranquilamente a su hogar desecho y se puso a rehacer los muros.²²

De bandidos: Admiración

La admiración pasa por casi todas las líneas escritas por Nellie. El Parral quiso mucho a los villistas, admiró a los valientes, a los hombres del pueblo que perdían la vida cada noche, cada día:

Santos quedó en medio, los otros dos murieron por el gusto de ser sus amigos y para que no le tocara solo.²³

Mi hermano, aquí está mi hermano, mírelo usted señora, éste es mi hermano Pablo López, lo acaban de fusilar en Chihuahua [...] ¡Pablo López! –gritaba Martín calle arriba, dando tropiezos con sus pies dormidos de alcohol-. ¡Pablo López! ¡Pablo López!²⁴

Esto no lo olvida él. Fue el único momento feliz de su vida, porque oyó la voz del general Villa. ‘Me recompensó Dios –decía cerrando los ojos-, oí a Tata Pancho’.²⁵

Los villistas eran un sólo hombre. La voz de Villa sabía unir a los pueblos. Un solo grito era bastante para formar su caballería.²⁶

Estos hombres estaban conformes con su suerte. Su alegría nadie, ni las balas, logró desbaratarla [...] Los cantos de aquellos oficiales alegraban la calle, se les veía en la esquinas haciendo una rueda para juntar sus voces, abrazados por los hombros. Desde allí, mandaba cada uno su canción.²⁷

Todos los cerros del Norte recordarán a Martín, a caballo los subió sin miedo a irse a

morir. Vuela paloma ceniza, pa' quella humareda, y diles que Martín López aquí se quedó en la sierra.²⁸

De bandidos: Odio

El odio contra generales, principalmente carrancistas, aparece - por su crueldad - esporádicamente en los relatos:

Lo sacaron arrastrando, lo tiraron a media calle y los pedazos de su cabeza estaban prendidos de las peñas. Tenía un gesto de satisfacción [...] todos lo despreciaban, todos le dieron patadas. El siguió sonriendo.²⁹

Cuando vi sus retratos en la primera plana de los periódicos capitalinos, yo les mandé una sonrisa de niña a los soldados que tuvieron en sus manos mi pistola de cien tiros, hecha carabina sobre sus hombros.³⁰

Humor de muerte

El humor resulta sarcasmo, ironía, o rastro de frialdad en medio del dolor, Nellie lo expresa como burla, pero ella sufre al burlarse:

José Díaz, joven hermoso, murió devorado por la mugre; los balazos que tenía se los dieron para que no odiara el sol.³¹

El asiento de adelante quedó vacío; el hombre de la mano en la ventanilla estaba ahorcado enfrente del tren, a diez metro de distancia, ya se le había caído el cigarro de macuchi, el colgado parecía buscarlo con la lengua.³²

Pero ellos mismos no sabían que el [cadáver] fuerte y alto era José Rodríguez, jefe de caballería villista, brazo derecho de Francisco Villa (Pero no se lo dijo, porque José se reía de ellos).³³

Dolor de muerte

El dolor adormece, dice la autora, pero el dolor también expresa más que discursos, fechas o definiciones snobistas e historiantes, éste es el elemento más humano y desgarrador de la lectura de *Cartucho*.

Algunos ejemplos de ello:

Me quedé sin voz, con los ojos abiertos abiertos, sufrí tanto, se lo llevaban, tenía unos balazos, vi su pantalón, hoy sí era el de un muerto.³⁴

Pablo Mares era de nuestra tierra (jamás imaginó que yo le hiciera este verso sin ritmo); conozco su retrato y sé su cara de memoria. Me tuvo en sus brazos -yo era chiquita-, dijo Mamá que me durmió y me cantó. 'Fue como un hermano mío; a todos mis hijos los quería como si fueran suyos', afirmó Mamá guardando el retrato de Pablo Mares.³⁵

El general Villa lo lloró más que a nadie, lo quería como a un hijo [...] Nadie con más derecho puede llamarse hijo del general Villa. Martín sí se parecía a Villa, era su hijo

guerrero [...] Otro Martín López no volvería a verse por esos rumbos.³⁶

Fascinación de muerte

A lo largo de la novela, hay muchos destellos de misticismo, azar o destino que hacen vivir la muerte o la vida de estos bandidos, Dios con sabor a suerte:

Le encantaban los palomos. Había uno color de pizarra que aporreaba a todos, era tan bueno que se había hecho el terror de los demás [...] El palomo, después de su fama de Pancho Villa, apareció muerto, le volaron la cabeza de un balazo.³⁷

El creía que iba viendo un grupo de hombres grises, que estaban allá arriba de la calle y que le hacían señas. No volteó ni nada, iba como hipnotizado con las figuras. En ese momento no se cruzaban los balazos [...] a pesar de todo, aquel fusilado no era un vivo, el hombre mocho que pasó frente a la casa ya estaba muerto.³⁸

Era mi obsesión en las noches, me gustaba verlo porque me parecía que tenía mucho miedo [...] me dormí aquel día soñando en que fusilarían otro y deseando que fuera junto a mi casa.³⁹

Cuando lo buscaron, el milagro se había hecho. Julio estaba quemado. Su cuerpo se volvió chiquito. Ahora era ya otra vez un niño. Él se lo había pedido a la Virgen. Ella le mandó una estrella de las de su vestido. La estrella lo abrasó.⁴⁰

Ni los desengaños de amor, ni la muerte han podido alejarlos de una calle a donde vienen en la noche.⁴¹

Traición

La traición invadió a los que se dejaron corromper por odios personales, por ambición, por miedo. Campobello lo muestra como un fantasma siempre presente en contraste con la fidelidad hasta la muerte que otros compartían:

Le quitaron los zapatos y lo metieron por en medio de la vía, con orden de que corrieran los soldados junto con él y que lo dejaran hasta que cayera muerto.⁴²

Que ya en el paredón del camposanto, frente al pelotón, se levantó el sombrero, se puso recto, dijo que él moría por una cosa que no era la revolución, que él era amigo del obrero.⁴³

La tristeza que siento es que cuando cayó, todavía calentito, ni se acabaría de morir, cuando los hombres se abalanzaron sobre él y le cortaron los dedos para quitarle los anillos, y como traía bueno ropa, lo encueraron al grado que no le dejaron mi calzoncillos.⁴⁴

Las mujeres del norte

Las mujeres, las madres, las hermanas, *ellas* todas tuvieron un papel esencial en la lucha, sufrieron con sus hijos y maridos y tuvieron claro que la muerte rondaba como sombra lo que amaban:

La mujer del muerto aprisionaba, llorando, los últimos centavos que el prisionero le dio; Felipa Madriles dijo ‘que se los iba a comer de pan con sus hijos’.⁴⁵

Mamá dijo que hasta que no le saliera sangre no lo dejaba; salió la sangre y luego le pusieron un algodón mojado en un frasco y lo vendaron. Vino una cabeza, una quijada, como seis piernas [...] yo sentía un orgullo muy adentro porque Mamá había salvado a aquellos hombres. Cuando los veía tomar agua que les llevaba, me sentía feliz de poder ser útil en algo.⁴⁶

Entonces fue cuando Mamá se puso la mano en los ojos, me buscó con la otra mano y así salió jalándome, yo no sabía nada y no perdía de vista al Chapo y a mi hermano. En la calle Mamá se limpió los ojos y me dijo con voz muy dulce: ‘Ya no can a matar a tu hermano, vamos al templo’.⁴⁷

Chonita les traía todo, corría, volaba; sabía que aquel hombre adornaba, por última vez, la mesa de su fonda.

-¿Cuánto le debo? –le dijo tímidamente-. Ya nos vamos, madrecita, porque vienen muchos changos.

-Nada, hijo, nada. Vete, que Dios te bendiga [...]

“¡Pero ellos volverán en abril o en mayo!”; dicen todavía las voces de aquellas buenas e ingenuas mujeres del Norte.⁴⁸

Conclusiones

el hombre se parece más a su tiempo que a sus padres...

Marc Bloch

Cartucho de Nellie Campobello es una cicatrización de la autora, un lazo maternal con el recuerdo y con su tierra, El Parral Chihuahua. También se puede entender como una deuda de su infancia en defensa de la única perspectiva que le quedaba estancada de sus vivencias. Una carta a los viejos revolucionarios nuevos miembros, ya en ese momento, del nacionalismo mexicano. ¿Panegírica? Al principio reivindicante de Villa, pero con los años, en su segunda edición, aglutina una clase olvidada y sin reconocimiento de la ganadora (el norte sonoreño, el carrancismo, Álvaro Obregón), los villistas sin nombre, a los que muchas veces ella recuerda por apodos, apropiándose de ellos, como si así pudiera encontrar más sentido al título de bandidos que los extraños les daban: *El Kirili*, *El Peet*, *el Taralatas*, etc.

El *Cartucho* del lector puede servirle de paso por la historia de una etapa de la revolución en Chihuahua, con personajes conocidos y desconocidos, todos hablando sordamente a la muerte, a la guerra, al dolor, a la alegría, al futuro. Todo lo anterior a través de la mirada a veces fría, a veces ingenua, a veces increíblemente rápida de una niña.

Mi Cartucho fue el puente en letras a las posibilidades de la imaginación; un momento para disfrutar, y sentir los plomazos de la revolución... pero después, un momento para preguntar una vez y otra vez por las muertes, por los ejércitos, por la historia que los acompaña, la escrita por historiadores y la escrita por los actores.

Hace poco vino un conferencista a la universidad a hablarnos de “lo histórico y lo literario” como dos huertos que no se dañaban si se miraban el uno al otro. Siempre ha existido una fuerza de atracción. Se hablaba de la novela histórica como la moda de los retornos, como la creadora de imágenes frente a la empobrecida historia; ambas requieren de estrategias de representación, la diferencia estriba en el nivel significativo de exponer. Muchos historiadores han olvidado sus orígenes: la imaginación. El conferencista decía “cada texto es un constructo verbal, por lo tanto literario”⁴⁹.

Si lográramos combinar elementos del nivel expositivo de las vecinas, tendríamos mejor cosecha: “parte memoria y parte imaginación”, una historia más humana.

¿Qué vida tendría una fecha y un lugar en el papel, si no fuera el sentido del que estuvo y respiró ese instante?, y quien sostiene el papel... ¿no querría volver a vivir el respiro del que lo vivió y preguntar constantemente más, para entender lo científico sin perder la cordura en lo asequible literario?

Haber vivido la Revolución nunca será lo mismo que escribir de ella a través del duro cristal de los años, que a veces parecería menos empañado pero también más frío. Leer a quien la vivió nutre los ojos, y el polvo acumulado sale a la luz para existir de nuevo. Tal vez Nellie se parece tanto a su tiempo, como quiso parecerse a su madre: alguien que no olvidó a sus muertos. O tal vez venga su enmohecida muerte y provoque dolores revolucionarios a sus asesinos, el destino no termina con la muerte, ahí empieza.

Bibliografía

- CAMPOBELLO, Nellie. *Cartucho. Relatos de la lucha en el Norte de México*. Prólogo y cronología de Jorge Aguilar Mora. México: Ediciones Era, 2000.
- CERVANTES M., Federico. *Francisco Villa y la revolución*. México: Ediciones Alonso, 1960 [Edición Fascimilar].
- GILLY Adolfo, et al. *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*. México: Siglo XXI, 1979.
- KATZ, Friedrich, *Pancho Villa*. Paloma Villegas (Trad.). 2ª edición. México: Ediciones Era, 2000, t II.

** Trabajo elaborado para el seminario “Historia de México IV: Revolución Mexicana” bajo la coordinación del Mtro. Alfredo Barragán Cabral.*

***Estudiante del sexto semestre de la Lic. en Historia de la Universidad de Guadalajara*

Citas

¹ Postmoderno, postmodernidad, son conceptos tan fluctuantes como atractivos para los científicos sociales que ahora analizan la revolución desde un punto de vista conclusivo, donde el presente está protestando contra otra problemática y otra sociedad. Terminar el periodo revolucionario en 1917, 1924, 1936, 1940 e incluso en los años sesenta es un debate no terminado, incluso podría ser interminable.

² Las misiones jesuitas que fueron las que incursionaron en territorios tan separados del virreinato, quedaron abandonadas desde su expulsión de colonias ibéricas en la década de los sesentas del siglo XIX.

³ Cfr. Su ensayo "México: revolución burguesa y política de masas" en Adolfo Gilly et al. *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*. México: Siglo XXI, 1979, pp. 55-90.

⁴ Ahora que la lucha se ha vuelto civil en protestas ecológicas, homosexuales, altermundistas... la democracia se ha convertido en un concepto sobre usado por un sistema que jura renovarse en elecciones "libres y directas", donde candidatos prometen todo y cumplen nada; hueco de tanta boca que lo ha sacado por la lengua: ¿qué tan democráticos son los "democráticos" y qué tan viable es la democracia entendida como el ejercicio del poder por parte del pueblo, como la participación y decisión colectiva en el hacer político de sus naciones?

⁵ En varias entrevistas, ella afirmó la fecha pero con el año de 1909, pero en serias investigaciones sólo fue posible encontrar el acta en la parroquia de Villa Ocampo ese día, con ese nombre y apellido (Moya Luna), nueve años anterior. Mucho se ha especulado sobre su fecha de nacimiento, la controversia sigue, pero las pruebas fehacientes llevan al año de 1900.

⁶ Pues es muy probable también Jesús Campbell Morton.

⁷ Algunos expertos en la vida y obra de Nellie, como Blanca Rodríguez en *Nellie Campobello: eros y violencia*; y Irene Matthews en *Nellie Campobello. La Centaura del Norte* marcan el periodo al que refiere su obra como de abril-julio de 1915 hasta principios de 1920. Pero en el caso más meticuloso tendría que extenderse hasta 1923, pues es en ese año cuando sucede la muerte de Francisco Villa, referida en el relato de "El cigarro de Samuel".

⁸ Friedrich Katz. *Pancho Villa*. Paloma Villegas (Trad.). 2ª edición. México: Ediciones Era, 2000, t II, pp. 207-248.

⁹ Nellie Campobello, *Cartucho. Relatos de la lucha en el Norte de México*. Prólogo y cronología de Jorge Aguilar Mora. México: Ediciones Era, 2000 p. 33.

¹⁰ En las semejanzas que *Cartucho* tiene con otras obras literarias, de acuerdo a Aguilar Mora, se trata la misma época que con la muerte del General Sobrado en *Francisco Villa ante la Historia* de Celia Herrera. En cuanto al tema coincide con la visión del destino como elección de sus personajes en *¡Vámonos con Pancho Villa!* de Rafael F. Muñoz, *ibid*, pp. 19-25.

¹¹ Friedrich Katz, *op. cit*, t. II, p. 210.

¹² *Ibid.*, p. 214.

¹³ *Ibid.*, p. 216.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 105-106.

¹⁵ *Ibid.*, p. 163.

¹⁶ Federico Cervantes. *Francisco Villa y la revolución*. México: Ediciones Alonso, 1960, p. 536.

¹⁷ Katz., *op. cit*, p. 317.

¹⁸ *Ibid.*, p. 141.

¹⁹ Cervantes, *op. cit.*, p. 542.

²⁰ Nellie, *op. cit.*, pp. 47-48.

²¹ *Ibid.*, p. 55.

²² *Ibid.*, pp. 66-67.

²³ *Ibid.*, p. 92.

²⁴ *Ibid.*, pp. 110-111.

²⁵ *Ibid.*, p. 116.

²⁶ *Ibid.*, p. 135.

²⁷ *Ibid.*, p. 144.

²⁸ *Ibid.*, pp. 154-155.

²⁹ *Ibid.*, p. 73.

³⁰ *Ibid.*, p. 84.

³¹ *Ibid.*, p. 80.

³² *Ibid.*, pp. 86-87.

³³ *Ibid.*, pp. 101-102.

³⁴ *Ibid.*, p. 61.

³⁵ *Ibid.*, p. 142.

³⁶ *Ibid.*, pp. 152-153.

³⁷ *Ibid.*, p. 56.

³⁸ *Ibid.*, pp. 76-77.

³⁹ *Ibid.*, p. 88.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 130.

⁴¹ *Ibid.*, p. 143.

⁴² *Ibid.*, p. 62.

⁴³ *Ibid.*, p. 63.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 94.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 109.

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 117-119.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 123.

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 157-158.

⁴⁹ Kohut, Karl, *Mirando al huerto del vecino. El historiador frente a lo literario*. Conferencia impartida el 11 de mayo de 2006 en las instalaciones de la División de Estudios Históricos y Humanos del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara.

